

“Muchos se han preguntado cómo es posible que haya cristianos que, leyendo una misma Biblia, lleguen a conclusiones tan diferentes sobre su significado. Rhyne Putman no solo le brinda una respuesta minuciosa a esa interrogante, sino que también nos ayuda a vivir más pacífica y fructíferamente aun en medio de nuestras diferencias. Este útil libro animará a muchos cristianos a sostener sus convicciones con más irenismo, humildad, conciencia y sabiduría”.

**Gavin Ortlund**, Pastor Principal, Primera Iglesia Bautista de Ojai, autor del libro *Finding the Right Hills to Die On*.

“Rhyne Putman, haciendo uso de una aguda perspicacia histórica y filosófica, investiga a fondo en las raíces de la naturaleza divisionista y contenciosa del protestantismo. Hace las preguntas adecuadas y aborda las raíces de los problemas que han impedido que, incluso los cristianos evangélicos poseedores de un elevado concepto de las Escrituras, se unan por causas comunes por el bien del evangelio. Sin llegar a menoscabar ni subestimar nuestras diferencias y sus consecuencias, nos llama una vez más a prestarle atención al llamado de Wesley en su famosa carta ‘El espíritu católico’, e ir más allá de las divisiones teológicas, y decir, ‘si tu corazón es como el mío, dame tu mano’ en todas aquellas cosas que podemos hacer juntos en nombre de Cristo. Se trata de un estudio práctico acerca de cómo discrepar con amor, sin volvernos desagradables, y mucho menos enemigos. ¡Lo recomiendo con entusiasmo!”.

**Ben Witherington III**, Profesor ‘Jean R. Amos’ de Nuevo Testamento para Estudios Doctrinales en el Seminario Teológico Asbury.

“Rhyne Putman es uno de los mejores teólogos bautistas que escriben en la actualidad, y nos ha brindado un magnífico estudio acerca de dos temas que son fundamentales para las Escrituras: la unidad cristiana y la diversidad doctrinal. En muy contadas ocasiones estos dos temas han sido abordados conjuntamente y con mayor coherencia. Este es un libro importante”.

**Timothy George**, Profesor Investigador del Seminario Teológico Beeson de la Universidad Samford.

“Este libro de Rhyne Putman es de una hechura magnífica. Con gran entusiasmo se lo recomendaré a quienes deseen aprender a lidiar con las diferencias entre los cristianos con convicción y compasión, mostrando amor por la verdad y a la vez un corazón amoroso. ¡El capítulo sobre Wesley y Whitefield y su complicada relación ya justifica por sí solo el precio de este libro! Cómprelo y reciba esa bendición”.

**Daniel L. Akin**, Presidente del Seminario Teológico Bautista del Sureste.

“*Cuando la Doctrina Divide al Pueblo de Dios* es uno de los libros más importantes que se han escrito desde el inicio del siglo veintiuno. Putman, a través de reflexiones bíblicamente fieles, sabias y humanas, aborda dos de las interrogantes más importantes de nuestros tiempos: En primer lugar, ¿cómo pueden tantos cristianos evangélicos fieles llegar a conclusiones tan drásticamente diferentes en materia de doctrina? En segundo lugar, ¿cómo debemos lidiar con esas discrepancias? Como es probable que aumenten los ataques por parte de los antagonistas de nuestra época secular contra los cristianos evangélicos, debemos tomar muy en serio el consejo de Putman, uniéndonos cada vez que podamos y de cualquier manera posible, para dar testimonio del evangelio que fue dado de una vez y por todas a los santos. Lo recomiendo totalmente y sin reservas”.

**Bruce Riley Ashford**, Rector y Profesor de Teología y Cultura en el Seminario Teológico Bautista del Sureste; coautor del libro *The Gospel of Our King*.

“En este fascinante libro Rhyne Putman presenta no solo erudición y un amplio estudio, sino también una preocupación necesaria por la unión de la doctrina y la práctica. Tanto evangélicos como no evangélicos necesitan leer esta obra. Enseña y representa una humildad epistémica en el contexto de la autoridad bíblica, mostrando así cómo podemos promover tanto el compromiso confesional como la unidad en el evangelio en las distintas posturas confesionales”.

**Matthew Pinson**, Presidente y Profesor de Teología, Universidad Welch.

“Si los evangélicos concuerdan en su compromiso con el evangelio y comparten un elevado concepto de las Escrituras, entonces ¿por qué no coinciden más en los asuntos teológicos? Esa es la pregunta escabrosa que Rhyne Putman aborda y responde con gran habilidad en su libro *Cuando la Doctrina Divide al Pueblo de Dios*. ¡Quisiera haber podido leer ese libro cuando era seminarista y creía tener todas las respuestas! Al igual que Putman, anhelo un sentido más profundo de catolicidad y un mayor espíritu de cooperación con aquellos creyentes que provienen de otras tradiciones. Este libro ayudará a pastores, teólogos y otros líderes a trabajar con convicción y civilidad hacia una mayor incorporación de la oración sacerdotal de Jesús que se haya en Juan 17”.

**Nathan A. Finn**, Rector y Decano de la Facultad Universitaria, Universidad North Greenville.



# **Cuando la Doctrina Divide al Pueblo de Dios**

**Un Enfoque Evangélico a la Diversidad Teológica**

**Rhyne R. Putman**

**Prólogo por David S. Dockery**

**EBI**  
EDITORIAL  
BAUTISTA INDEPENDIENTE

**Cuando la Doctrina Divide al Pueblo de Dios** fue publicado originalmente en inglés con el título **When Doctrine Divides**.

© 2020 por Rhyme Putnam

A menos que se especifique, todas las citas bíblicas son tomadas de la versión Reina-Valera® © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovada 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso.

Todos los derechos reservados. Sin permiso escrito por parte de los editores, ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni procesada en forma alguna o por medio alguno, ya sea de manera electrónica o mecánica, ni por medio de ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información masiva, excepto para citas breves en reseñas. Todas las solicitudes deben ser enviadas a Editorial Bautista Independiente.

© 2022

Editorial Bautista Independiente

EB-610

ISBN 978-1-953663-55-9

**Editorial Bautista Independiente**

3417 Kenilworth Blvd.

Sebring, FL 33870

(863) 382-6350

[www.ebi-bmm.org](http://www.ebi-bmm.org)

Imprimido en Colombia

Para mis padres,  
Glen y Diane Putman,  
ejemplos de pacificadores,  
hijos de Dios (Mt. 5:9)

# Índice

	página
Prólogo.....	x
Abreviaturas.....	xv
Introducción: Cuando la Doctrina Divide al Pueblo de Dios.....	1

## Primera Parte:

### ¿Por Qué Discrepamos en Cuanto a Doctrina?

1. Leemos de Forma Imperfecta.....	18
<i>Hermenéutica general y la claridad de las Escrituras</i>	
2. Leemos de Formas Diferentes .....	48
<i>Las contribuciones de la exégesis y la hermenéutica a la diversidad teológica</i>	
3. Razonamos de Forma Diferente.....	75
<i>El papel de las conjeturas en la interpretación</i>	
4. Nuestros Sentimientos Son Diferentes .....	101
<i>El papel de las emociones en la diversidad teológica</i>	
5. Tenemos Reconcepciones Ciferentes .....	131
<i>Las Tradiciones, las Creencias y el Sesgo Confirmatorio</i>	

## Segunda Parte:

### Lo Que Debemos Hacer con Respeto a las Discrepancias Doctrinales

6. ¿Cuándo Debemos Cambiar Nuestra Opinión? .....	154
<i>Percepciones desde la epistemología de la discrepancia</i>	
7. ¿Cuándo Debe Dividirnos la Doctrina? .....	181
<i>El establecimiento de límites teológicos</i>	
8. Entonces, ¿Cómo Debemos Discrepar?.....	220
<i>Lecciones de Whitefield y Wesley</i>	

Agradecimientos.....	246
Bibliografía.....	249
Índice de la Biblia.....	278
Índice de Autores.....	283
Índice de Temas.....	289

# Prólogo



Jesús oró para que sus seguidores tuvieran unidad, en lo que muchos consideran la oración más importante que se registra en las Sagradas Escrituras. En esta oración hecha por nuestro Señor, la cual ofreció justo antes de ser arrestado, vemos a Jesucristo derramando su corazón ante el Padre por sus seguidores la noche antes de morir por nosotros (Jn. 17). Cristo hizo esta oración no solo a favor de sus discípulos y seguidores inmediatos, sino a favor de la iglesia a través de los siglos. En otro pasaje de las Escrituras se nos recuerda que Jesús sigue orando hoy por los suyos desde su posición exaltada a la diestra del Padre (Ro. 8:34; He. 7:25). Sus oraciones por los creyentes en el presente seguramente reflejan las palabras de Juan 17, pasaje que constituye una oración a favor de la unidad y la verdad, una oración que aboga por una singularidad santa y por una santidad única para sus seguidores.

En los versículos del 20 al 26 de Juan 17, leemos que Jesús oró para que sus seguidores experimentaran una unidad espiritual que ejemplificara la unidad del Padre y el Hijo. Sin embargo, con demasiada frecuencia los seguidores de Cristo a través de los siglos se han caracterizado por las controversias, las luchas internas, las discrepancias y la desunión. Para abordar esta tensión, Rhyne Putman ha empleado sus perspicaces habilidades teológicas, y ha lidiado con las temáticas e interrogantes asociadas con las divisiones doctrinales que existen en el pueblo de Dios. En este libro, de redacción y diseño impecables, Putman explora por qué discrepamos sobre temas doctrinales, sino que también aborda lo que debemos hacer con respecto a estas discrepancias.

Si la iglesia cree en la Biblia, y si las palabras de Juan 17 se toman con total seriedad, ¿por qué estas diferencias doctrinales no solo parecen continuar, sino que se multiplican y se extienden? Putman analiza de forma brillante diversas perspectivas acerca de la naturaleza de las Escrituras y de las preguntas hermenéuticas que surgen a la hora de transitar de la Biblia a la teología. Tras

este meticuloso análisis, procede a examinar cuidadosamente las funciones de la razón, la tradición, la experiencia, y las emociones en la formulación de la doctrina cristiana. Este estudio estudio de amplio espectro ciertamente demostrará ser de gran utilidad para el lector.

La segunda parte del libro incentiva al lector a trascender la explicación y dar pasos hacia la aplicación. Putman aborda el escabroso tema de cuándo debemos cambiar de opinión con respecto a posturas previas, y de cuándo y dónde poner el límite con respecto a estos asuntos doctrinales. Se presta particular atención a la manifestación práctica de estas desafiantes preguntas. El libro *Cuando la Doctrina Divide al Pueblo de Dios* concluye con una nota esperanzadora, pues Putman nos orienta acerca de *cómo* debemos discrepar, ofreciendo una ruta con criterios históricos en cuanto a la fraternidad, el servicio compartido, la cooperación y la colaboración.

El Credo de Nicea, una importante confesión del siglo cuarto, describe a la iglesia como una sola, santa, católica o universal, y apostólica. En nuestros días es muy necesario hacer realidad estas convicciones confesionales y aplicar el esquema de Putman. Pero no debemos ser ingenuos con respecto a las dificultades que esto implica, sobre todo cuando aclaramos las diferencias que surgen en cuanto a asuntos teológicos de primer orden, sin mencionar asuntos secundarios y terciarios, que requieren de mucha oración y sabiduría.

Los seguidores de Cristo son llamados a ser ejemplos de amor y verdad, de unicidad, catolicidad y apostolicidad. Ciertamente debemos promover la unidad cristiana en toda oportunidad. Todos los creyentes verdaderos le pertenecen a un mismo Padre, y han sido llamados a hacer un mismo servicio. Todos los creyentes confían en un mismo Salvador, y han recibido el mismo don de la gracia divina, compartiendo así una misma salvación. A la postre, una verdadera unidad debe edificarse sobre la base de una verdad genuina. Cualquier otro tipo de unidad sería terrenal, mundana, temporal, y por tanto, nunca estaría a la altura del ideal de Juan 17.

Putman les ofrece a sus lectores una beneficiosa orientación, y lo hace con una habilidad exegética ejemplar, con un razonamiento bien fundado desde el punto de vista histórico, y con una sensibilidad pastoral. Toma en serio la realidad de las diferencias doctrinales que han surgido con el paso de los años, y reconoce que una unidad que exista sin la verdad, es sensiblera, errónea y carente de sentido. Existe un anhelo real por la unidad, y se escucha en aquellos que preguntan, “¿Por qué no podemos sencillamente llevarnos bien todos?”. Putman, sin embargo, nos permite ver que, tanto aquellos que promueven al-

gún tipo de unidad que no se basa en la verdad, como aquellos que defienden la verdad sin preocuparse por el amor y la unidad, están lejos de ser consecuentes con las enseñanzas bíblicas y con las aspiraciones del Credo de Nicea.

Cuando reflexionamos en la oración de Jesús que aparece en Juan 17, vemos que él no solamente deseaba la unidad espiritual sino también una verdad santificada (Jn. 17:17). Así que, tal y como se afirma en el histórico credo, la iglesia no solo es una sola y universal, sino también santa y apostólica. La verdadera santidad se basa en la verdad que enseñan los apóstoles, y se nos da a conocer a través de las Sagradas Escrituras (Jn. 14:6; 16:13; 17:17). Como mismo el Padre y el Hijo se entristecen, y el testimonio de la iglesia se ve perjudicado cuando no logramos amarnos los unos a los otros ni demostrar unidad bíblica, también el testimonio de la iglesia sufre cuando buscamos orientación en el mundo en lugar de buscarla en la veracidad de la Palabra de Dios y en lo mejor de la tradición cristiana.

¿Cuándo es entonces que podemos saber que nuestro llamado a la verdad y la santidad es un llamado a ser diferentes, no solo del mundo, sino de otros creyentes profesos? Putman les proporciona un sabio recurso a todos aquellos que pasan apuros con esa pregunta. Después de todo, no es una pregunta nueva. Ya en tiempos de Tertuliano (155-220), y de los montanistas de finales del siglo dos, y sobre todo tras el debate en el que participaron Agustín (354-430) y los donatistas dos siglos después, habían surgido esas preguntas y han continuado surgiendo con el paso del tiempo. Dentro del cristianismo norteamericano, la controversia entre el fundamentalismo y el modernismo de principios del siglo veinte provocó divisiones en las denominaciones más importantes. Otras rupturas paralelas tuvieron lugar entre conservadores y liberales en numerosas iglesias en los Estados Unidos y Canadá. El propósito de la obra de Putman es fortalecer las convicciones teológicas, fomentar la unidad cristiana y proporcionar orientación a aquellos que son propensos a dividirse o separarse de los demás demasiado rápido. Putman sabe que esas fragmentaciones innecesarias disminuyen las oportunidades de que la iglesia se reforme y se renueve de forma genuina.

Los cristianos son llamados, por tanto, a vivir en tensión, enfatizando tanto en la verdad y el amor, como en la santidad y la unidad. En este mundo polarizado y fragmentado, para los seguidores de Cristo resulta primordial no solo equilibrar nuestros compromisos con la verdad y el amor, sino también buscar una unidad cristiana genuina, asesorada por una convicción doctrinal auténtica. El apóstol Pablo no nos exhorta a asumir una postura de “espere-

mos a ver qué pasa”, sino que nos anima a “ser solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Ef. 4:3). El Espíritu de Dios le infunde vigor a la iglesia para que sea ejemplo de unidad ante un mundo que la observa. Cuando los creyentes cultivan y practican las virtudes que se describen en Efesios 4:1-6, muestran y preservan la unidad del Espíritu. La exhortación que hace Pablo a favor de la unidad también incluye la base de esa unidad.

Pablo continúa con su llamado en los versículos 4 y 5 de Efesios 4, afirmando que “una esperanza”, “una fe” y “un bautismo” existen porque existe “un Señor”. Esa única “esperanza” de nuestro llamado apunta a una expectativa confiada en la gloria venidera de Cristo. “Una fe” hace referencia a la suma y sustancia de las creencias de la iglesia. La iglesia no alcanzará una unidad a largo plazo a menos que los creyentes compartan un mismo compromiso con la doctrina apostólica, “la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Jud. 3). La frase “una fe” refleja una misma experiencia de fe en Cristo y el mismo acceso que todos los creyentes tienen a él. “Un bautismo” representa la expresión externa de la fe en “un Señor”. El contexto de Efesios 4 en su totalidad indica que la verdadera unidad cristiana se expresa a través de la variedad (Ef. 4:7-12), la cual le aporta madurez (vs. 13-16) y pureza (vs. 17-32) al cuerpo de Cristo.

Se debe encomiar a Rhyne Putman por ofrecer este magnífico y sustancial libro, el cual brinda de muchas maneras un plan de acción inteligente y atractivo para hacer realidad las expectativas de las enseñanzas bíblicas que se hallan en Juan 17 y en Efesios 4. Lo hace analizando exhaustivamente los desafíos y problemas asociados a la hermenéutica, la razón, la epistemología, la experiencia, la tradición, la preconcepción, el establecimiento de límites, siempre basándose en sus conocimientos de la historia de la doctrina cristiana.

El ejercicio de Putman en métodos teológicos es mucho más que un debate desde una torre de marfil. Los lectores se verán bendecidos por esta obra, la cual les permitirá convertirse en un fiel pueblo de Dios ante la mirada del mundo. Una vez más se nos recuerda que una unidad visible basada en verdades teológicas es lo que Dios espera de los seguidores de Cristo. Oremos y trabajemos en aras de alcanzar renovación y unidad, no solo en nuestros compromisos teológicos sino también en nuestra adoración, en nuestra comunión, en nuestros empeños educativos, en nuestro servicio compartido y compromisos sociales, y en última instancia, en nuestra proclamación del evangelio.

Confiamos en que la obra de Putman no solo nos ayudará a dar pasos hacia el conocimiento y la madurez teológicos, sino que también nos guiará hacia una renovación, para poder escuchar nuevamente, y hacer realidad las palabras del mismo Jesús: "...para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste" (Jn. 17:21).

David S. Dockery  
Profesor de Teología, Teólogo Residente y  
Asesor Especial del Presidente,  
Seminario Teológico Bautista del Suroeste.

## Abreviaturas

(las siglas aparecen en inglés)

- AT            Descartes, René. *Oeuvres de Descartes*. Tomos 1–12. Ed. rev. Editado por Charles Adam y Paul Tannery. París: J. Vrin/C.N.R.S., 1964–1976.
- BECNT        *Baker Exegetical Commentary on the New Testament*.
- CP            Peirce, Charles S. *The Collected Papers of Charles Sanders Peirce*. 8 tomos. Editado por Charles Hartshorne y Paul Weiss (tomos 1–6) y Arthur W. Burks (tomos 7–8). Cambridge, MA: Harvard University Press, 1931–1958.
- ICC            International Critical, Commentary.
- JETS*         *Journal of the Evangelical Theological Society*.
- JGRChJ*      *Journal of Greco-Roman Christianity and Judaism*.
- LW            Luther, Martin. *Luther's Works*. Editado por Jaroslav Pelikan, Helmut T. Lehmann, y Christopher Boyd Brown. 75 tomos. Philadelphia: Fortress; St. Louis: Concordia, 1955–.

- NIDNT-TE* Moisés Silva, ed. *New International Dictionary of New Testament Theology and Exegesis*. 2ª ed., 4 tomos. Grand Rapids, MI: Zondervan, 2014.
- NPNF*<sup>1</sup> *Nicene and Post-Nicene Fathers*, Serie 1. Editado por Alexander Roberts, James Donaldson, Philip Schaff, y Henry Wace. 14 tomos. Peabody, MA: Hendrickson, 1994.
- NPNF*<sup>2</sup> *Nicene- y Post-Nicene Fathers*, Serie 2. Editado por Alexander Roberts, James Donaldson, Philip Schaff, y Henry Wace. 14 tomos. Peabody, MA: Hendrickson, 1994.
- S Zwingli, Ulrich. *Huldreich Zwingli's Werke*. Editado por M. Schuler y J. Schulthess. 7 tomos. Zurich, 1828–1842.
- TDNT* Friedrich, Gerhard y Gerhard Kittel, eds., *Theological Dictionary of the New Testament* [*Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament*]. Traducido por Geoffrey W. Bromiley. Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1965–1976.
- WA Luther, Martin. *D. Martin Luthers Werke*. Kritische Gesamtausgabe. 73 tomos Weimar: Hermann Böhlhaus Nachfolger, 1883–2009.
- WBC Word Biblical Commentary
- Z Zwingli, Ulrich. *Huldreich Zwinglis sämtliche Werke*. 10 tomos Berlin, Leipzig, Zurich: Heinsius, 1905–1991.

## Introducción

# Cuando la Doctrina Divide al Pueblo de Dios

“¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!” (Sal. 133:1).

“Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora... tiempo de abrazar, y tiempo de abstenerse de abrazar” (Ec. 3:1, 5b).



“Líder Protestante Desmiente a Otro ‘Protestante’ Hereje por su Doctrina Errónea Acerca de la Santa Cena”.

De haber existido algo llamado Internet hace cinco siglos, cuando Martín Lutero y Ulrico Zuinglio tuvieron su famosa contienda con respecto a la Comunión Cristiana, es posible que ésta hubiera causado furor en la blogósfera gracias a titulares ciberanzuelos como éste. Los comentaristas de pacotilla en las redes sociales se hubieran apresurado a publicar sus inmaduras reflexiones sobre el tema, ya fuese tomando partido en el debate, o declarando su superioridad moral con respecto a la debacle. Lutero y Zuinglio se hubieran criticado duramente en sus respectivos programas de radiodifusión, hubieran intercambiado una serie de mensajes agresivos a través de Twitter y publicaciones en blogs, hubieran debatido en una emisión simultánea de YouTube, y luego le hubieran dado seguimiento al tema con una gira promocional de sus libros, a manera de conciliación.

Pero en el siglo dieciséis real, menos de una década después de que hubiera comenzado la Reforma, el pastor y teólogo alemán y su homólogo suizo

## 2 Cuando la Doctrine Divide

se enfrentaron a través de diversos tratados y disputas escritas que quedaron a disposición del público gracias a la nueva tecnología de medios de difusión masivos conocida como imprenta de tipos móviles.<sup>1</sup> Finalmente, Felipe de Hesse los llamó a una intervención. Felipe era un joven príncipe alemán que estaba convencido de que una reunión cara a cara ayudaría a resolver el conflicto. Aunque los motivos que lo impulsaban a abogar por esa reconciliación eran políticos, Felipe bien puede considerarse como el primer *ecumenista* protestante. Anhelaba que los reformistas antagonistas hicieran las paces para que los protestantes en toda Europa pudieran unirse contra el acoso del papado y del Sacro Imperio Romano. Felipe deseaba que hubiera un movimiento protestante unido que pudiera rivalizar con Roma en cuanto a poder y alcance.

Las comitivas de Lutero y Zuinglio se reunieron en el castillo de Marburgo durante los primeros tres días de octubre de 1529. Este encuentro de personalidades, que la historia conoce como el Coloquio de Marburgo, constituyó un momento definitorio en los primeros años de la Reforma, no porque fuera exitoso, sino porque fue una gran desilusión. Para disgusto de Felipe, no surgió ninguna alianza política entre los protestantes alemanes y suizos. Pero la mayor tragedia puede haber sido la discrepancia que impidió que estos gigantes tuvieran un compañerismo personal y una cooperación en una época de gran agitación social y eclesial.<sup>2</sup>

¿Qué había salido mal? Ambos pastores *practicaban* la Santa Cena prácticamente de la misma manera. A diferencia de muchos católicos de finales del medioevo, ambos creían que el sacramento era tanto para laicos como para la clase sacerdotal. Sin embargo, estaban en polos opuestos en cuanto a su comprensión del significado de la Santa Cena. Lutero argumentaba de forma rigurosa que el cuerpo de Cristo, resucitado y glorificado, estaba presente

1 Zuinglio comenzó el debate con Lutero con su *Amica exegesis, id est exposition eucharistiae negotii ad Martinum Lutherum* (1527; Z 5: 562-758). Lutero respondió con *Daß diese Worte Christi: Das ist mein Leib, noch feststehen wider die Schwarmgeister* (1527; WA 23: 64-283; Edición Anotada de Lutero, tomo 3: *Iglesia y Sacramentos*, ed. Paul W. Robinson [Minneapolis, MN: Fortress, 2016], 163-274). Zuinglio le respondió a Lutero con *Daß diese Worte: Das ist mein Leib usw. ewiglich den alten Sinn haben werden usw* (1527; S 2.2: 16-93; Z 5: 805-977). La última contribución escrita de Lutero al debate fue su libro *Vom Abendmahl Christi, Bekenntnis* (1528; WA 26: 241-509). Zuinglio y Juan Ecolampadio contrarrestaron este tomo con *Über D. Martin Luthers Buch, Bekenntnis genannt* (1528; Z 6.2: 22-248).

2 El relato más completo de la controversia entre Lutero y Zuinglio se encuentra en el libro de Walther Köhler, *Zwinglio und Lutero. Ihr Streit über das Abendmahl nach seinen politischen und religiösen Beziehungen*, tomo 1, *Die religiöse und politische Entwicklung bis zum Marburger Religionsgespräch 1529* (Leipzig, 1924); y tomo 2, *Vom Beginn der Marburger Verhandlungen 1529 bis zum Abschluss der Wittenberger Konkordie 1536* (Gütersloh, 1953). Un análisis más detallado de esta controversia está disponible en inglés en el libro de Hermann Sasse, *This Is My Body: Luther's Contention for the Real Presence in the Sacrament of the Altar* (Filadelfia: Augsburg Fortress, 1959). Mientras que Köhler trata a Zuinglio de manera más favorable, Sasse defiende la postura de Lutero.

“en”, “con” y “bajo” el pan y el vino de la comunión.<sup>3</sup> Zuinglio, por su parte, insistía en que el pan y el vino eran solamente representaciones simbólicas del cuerpo y la sangre de Cristo. Para el reformista suizo, la Cena servía de importante recordatorio del gran sacrificio de Cristo por nuestros pecados; pero para el alemán, la Cena era un medio real mediante el cual Dios impartía gracia en las vidas de los creyentes.

El altercado entre Lutero y Zuinglio comenzó con distintas suposiciones y puntos de partida. En primer lugar, discreparon sobre la naturaleza de los sacramentos.<sup>4</sup> En segundo lugar, tuvieron un conflicto por causa de la cristología, en el que se acusaron mutuamente de sostener una postura herética sobre la unión de las naturalezas humana y divina de Cristo.<sup>5</sup> En tercer lugar, discreparon por causa de sus posturas hermenéuticas. Debatieron sobre lo que había querido decir Jesús cuando tomó el pan durante la Última Cena y dijo, “Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado” (Lc. 22:19; 1 Co. 11:24; cf. Mt. 26:26; Mr. 14:22). Lutero tomaba la frase de Jesús “Esto es mi cuerpo” de manera bastante *literal*. Como creía que la naturaleza humana de Jesús estaba presente en todas partes, argüía que Jesús estaba físicamente presente en el pan y el vino de la comunión. Zuinglio, quien sostenía que Jesús estaba usando aquí un lenguaje figurativo, pensaba que la interpretación de Lutero tenía rastros de la doctrina católica romana de la transustanciación que ambos hombres afirmaban rechazar.<sup>6</sup>

Aparte de las estocadas retóricas subidas de tono que ambos se lanzaron, el coloquio constituyó, más que nada, un debate acerca de los textos bíblicos claves y reglas interpretativas para distinguir las descripciones metafóricas de las literales. Ante todo, fue una disputa entre dos hombres que *leían una misma Biblia de formas diferentes*. Razonaban de forma diferente con respecto a

3 Este lenguaje se emplea en las confesiones luteranas fundamentales. Ver *The Augsburg Confession*, 10.1; *The Small Catechism*, 6.2; *The Large Catechism*, 5.8; *The Apology of the Augsburg Confession*, 10.

4 Lutero quería reformar el sacramentalismo católico, y Zuinglio quería abandonarlo. Zuinglio creía que los sacramentos eran simples señales de la gracia, y no portadores de ella. Sasse, *This Is My Body*, 164-177, de Sasse, “The Lutheran Understanding of the Consecration,” en Hermann Sasse, *We Confess*, tomo 2, *The Sacraments*, trad. de Norman Nagel (St. Louis: Concordia, 1985), 113-138; de W. P. Stephens, *Zwingli: An Introduction to His Thought* (Oxford: Clarendon, 1994), 76-84.

5 Sobre la comunicación de propiedades (*communicatio idiomatum*) entre las dos naturalezas de Cristo, Lutero sostuvo que todo lo que se diga de la naturaleza divina de Cristo también es aplicable a su naturaleza humana. Zuinglio hizo una distinción más nítida entre las propiedades de las naturalezas. Como consecuencia, Lutero acusó a Zuinglio de nestorianismo y Zuinglio acusó a Lutero de eutiquianismo. Ryan Tafilowski, “Marburg Colloquy,” en *Encyclopedia of Martin Luther and the Reformation*, tomo 2. ed. Mark A. Lamport (Lanham, MD: Rowman y Littlefield, 2017), 500; Z 5: 930-932; S 2.2, 71; de Sasse, *This Is My Body*, 121-122; de Sasse, “The 1500th Anniversary of Chalcedon,” de Hermann Sasse, *We Confess*, tomo 1, *Jesus Christ*, trad. Norman Nagel (Saint Louis: Concordia, 1984), 62-65; WA 26: 332.

6 Anthony C. Thiselton, *The Hermeneutics of Doctrine* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 2007), 531-534.

## 4 Cuando la Doctrine Divide

los textos. Tenían opiniones diferentes acerca de sus respectivas posturas teológicas. Interactuaban de manera diferente con la tradición que les había precedido. Tanto Lutero como Zuinglio eran acérrimos defensores de la claridad de las Escrituras, sin embargo, discrepaban con firmeza sobre el significado del texto bíblico en este aspecto.

Al concluir el coloquio, los dos reformadores y sus colaboradores reconocieron concordar en catorce de los quince principios de la fe en un documento conocido como los Artículos de Marburgo. Pudo haber sido el comienzo de una hermosa amistad, pero un artículo (el último artículo que se refería a la Santa Cena) abrió una brecha permanente entre ambos grupos, e incluso impidió que Lutero reconociera a Zuinglio como su hermano cristiano en ese momento. Zuinglio, entre lágrimas, le rogó a Lutero que le diera la mano derecha en señal de hermandad, pero el reformador alemán se negó a hacerlo. Para muchos lectores contemporáneos, estas posturas divergentes con respecto a la Cena del Señor pueden parecer triviales, pero estos reformadores del siglo dieciséis creían que el evangelio mismo era el que estaba en juego.<sup>7</sup>

Aunque a los historiadores les gusta seguir pensando sobre qué hubiera sucedido si el Coloquio de Marburgo hubiese tomado un rumbo diferente, solo Dios sabe cómo sería el mundo protestante si Lutero y Zuinglio se hubieran puesto de acuerdo sobre este asunto. Los protestantes, quienes comparten la convicción fundamental de que todo individuo debe poder leer la Biblia por sí mismo, probablemente se hubieran visto envueltos en otro conflicto igualmente divisivo algunos meses más tarde.<sup>8</sup>

### **¿Por qué no podemos sencillamente llevarnos bien todos?**

Casi cinco siglos después, el espíritu de desacuerdo que permeó al Coloquio de Marburgo sigue persiguiendo al protestantismo y al evangelicalismo. Seguimos discutiendo sobre cuál es la mejor manera de comprender el comienzo de la Biblia (Gn. 1–3), su final (Ap. 19–22) y bastante de su conte-

---

7 Para Lutero, "This sacrament is the Gospel" (Sasse, *This Is My Body*, 405; cf. 281). El énfasis de Lutero en la naturaleza sacramental de la Cena "llevó a Zuinglio a contrastar dos formas de salvación: la primera se alcanzaba comiendo la carne de Cristo y la otra creyendo en él" (Stephens, *Zuinglio*, 100). La primera opción era, para Zuinglio, un regreso a la religión papista que hacía que la muerte de Cristo fuera innecesaria. (Z 5: 576, 659-661, 706-708).

8 Incluso si Lutero y Zuinglio hubieran forjado la unión que Felipe quería, estos reformadores magistrales aun habrían estado en desacuerdo con los llamados "reformadores radicales" como los anabaptistas.

nido intermedio.<sup>9</sup> Nos peleamos al debatir sobre cuál estructura de gobierno eclesial existente se asemeja más al patrón bíblico (1 Ti. 3:1-13; Tit. 1:5-9). Podemos ser contenciosos con respecto a cuáles son los candidatos adecuados al bautismo. No damos descanso a nuestra lengua cuando se trata del hablar en lenguas y de los llamados dones espirituales milagrosos (Mr. 16:17; Hch. 2:1-13; 1 Co. 12-14; He. 2:3-4). Podemos discrepar acaloradamente sobre la predestinación, la elección y el libre albedrío (Ro. 8-9; Ef. 1:3-14). Sostenemos extensos debates sobre el alcance de la expiación (Is. 53:6; Jn. 3:16; 10:15; Col. 1:20; 1 Jn. 2:2). Incluso discutimos sobre cuál método de consejería o de enfoque apologético es más fiel a las Escrituras. Cuando no estamos discutiendo sobre nuestras tradiciones teológicas, nos vemos atrapados en controversias más académicas, como los recientes debates intelectuales sobre la relación de Pablo con el judaísmo, el alcance de la presciencia de Dios o las relaciones eternas dentro de la Trinidad.

Incluso ante una sociedad que se vuelve cada vez más antagónica con respecto a las creencias y prácticas cristianas tradicionales, muchos seguidores de Jesús continúan paralizados por causa de asuntos doctrinales que los separan. Aunque vivimos en lo que se está convirtiendo en una cultura post-cristiana, algunos segmentos de la iglesia nunca habían estado tan teológicamente involucrados (o divididos). Nunca antes en la historia de la iglesia nuestras disputas teológicas habían sido tan públicas y tan accesibles. Si bien es cierto que la Reforma hizo que la Biblia estuviera al alcance de todas las personas, la era digital le ha dado a cada individuo una plataforma abierta para debatir sobre doctrina. A través de la bendición (o maldición) de las redes sociales, todos tienen la oportunidad de ventilar sus puntos de vista y de proyectar sus discrepancias ante el mundo entero. Aun así, y a pesar de la facilidad para comunicarnos, seguimos gravitando hacia las cajas de resonancia que nos protegen de los riesgos de sostener diálogos abiertos. Nos encanta proteger nuestras comunidades, nuestras etiquetas y la confiada seguridad que nos brindan las cifras. Aunque deberíamos ser ejemplos de cortesía ante nuestro entorno cultural y político que está profundamente dividido, nosotros, como pueblo de Dios, hemos hecho muy poco por separarnos de la cultura en su sentido más amplio. En lugar de plasmar el evangelio de la gracia, hemos más bien sido parte del problema.

El hecho de que estemos en contradicción con el mundo incrédulo no debe sorprendernos —Jesús nos advirtió que eso sucedería (Mt. 10:22, 34;

<sup>9</sup> Alister McGrath identifica al menos diecinueve enfoques protestantes de la teoría darwiniana de la evolución, de los cuales todos afirman ser la interpretación correcta de las Escrituras. McGrath, *Christianity's Dangerous Idea* (Nueva York: HarperOne, 2007), 208-209, 372-386.

## 6 Cuando la Doctrine Divide

Jn. 15:18). Pero, ¿por qué “nos comemos unos a otros” (Gá. 5:15) con nuestras luchas internas por causa de la doctrina? Jesús les dijo a sus discípulos que demostrarían ser sus seguidores mediante el amor que tuvieran los unos por los otros (Jn. 13:35). La noche en que fue traicionado, él le pidió al Padre que les concediera a sus seguidores una unidad perfecta, para que fueran “uno”, así como el Padre y el Hijo son uno, para que “el mundo conozca” que él había ciertamente sido enviado por Dios (Jn. 17:23). En esencia, Jesús deseaba que su pueblo reflejara la unión perfecta del Padre y del Hijo en la Trinidad inmanente. Ante semejante mandato, ¿por qué los seguidores de Cristo parecen deleitarse con el “narcicismo de detalles insignificantes”? ¿Deberíamos continuar peleándonos en medio de un contexto que es cada vez más anticristiano?

Una de las respuestas a esta interrogante proviene de ecumenistas que se han dedicado a lograr la unidad visible de todas las tradiciones cristianas como elemento esencial del testimonio cristiano. Los ecumenistas obtienen su nombre de un término griego que significa “el mundo habitado” o “universal” (*oikoumenikos*) —el mismo término (*oikoumenē*) también se empleó para describir los concilios ecuménicos de la iglesia primitiva. Los ecumenistas intentan organizar un “preestreno” en la tierra de la futura reconciliación escatológica de todos los seguidores de Cristo a lo largo de la historia. En su búsqueda de una unidad visible (y a veces institucional), los ecumenistas a veces son acusados de restarle importancia a las convicciones que diferencian a estas tradiciones. Aunque el hecho de construir puentes entre las diversas tradiciones y denominaciones puede ser muy fructífero, la tendencia de algunos ecumenistas a pasar por alto o ignorar la doctrina es profundamente perturbadora.

Otros eruditos evangélicos han escrito excelentes obras acerca de la posibilidad y los parámetros del ecumenismo evangélico, temas que no pretendo analizar detalladamente en este libro.<sup>10</sup> Me interesa más el proceso teológico que condujo a la existencia de esas tradiciones divergentes. Sin embargo, como preámbulo de este libro sobre discrepancias teológicas, quisiera presentar una aclaración sobre el ecumenismo. Muchas personas dentro de mi

---

10 Michael Allen y Scott Swain, *Reformed Catholicity: The Promise of Retrieval for Theology and Biblical Interpretation* (Grand Rapids, MI: Baker, 2015); de Christopher W. Morgan, “Toward a Theology of the Unity of the Church”, en *Why We Belong: Evangelical Unity and Denominational Diversity*, ed. Anthony L. Chute, Christopher W. Morgan y Robert A. Peterson (Wheaton, IL: Crossway, 2013), 19-36; Curtis Freeman, *Contesting Catholicity: Theology for Other Baptists* (Waco, TX: Baylor University Press, 2014); de Steven R. Harmon, *Toward Baptist Catholicity* (Eugene, OR: Wipf & Stock, 2006); de Armon, *Ecumenism Means You, Too: Ordinary Christians and the Quest for Christian Unity* (Eugene, OR: Cascade, 2010); de Peter J. Leithart, *The End of Protestantism: Pursuing Unity in a Fragmented Church* (Grand Rapids, MI: Brazos, 2016); y de Luder G. Whitlock Jr., *Divided We Fall: Overcoming a History of Christian Disunity* (Philipsburg, NJ: P&R, 2017).

tradición evangélica se estremecen al escuchar el término *ecuménico*, debido al mal sabor que les han dejado los movimientos ecuménicos del siglo veinte.<sup>11</sup> Aunque algunos evangélicos sugieren que el término *ecumenismo* se debiera recuperar de una forma que sea coherente con nuestras convicciones sobre el evangelio,<sup>12</sup> otros plantean que sería más sabio abstenerse completamente de emplearlo debido a su asociación con los movimientos ecuménicos del pasado.<sup>13</sup> Otros prefieren usar la palabra *catolicidad*, que es un término relacionado, y no trae consigo el lastre sociopolítico del término *ecumenismo*.<sup>14</sup>

Comparto muchas de las preocupaciones que mis antepasados evangélicos tuvieron sobre la labor ecuménica en el pasado. En primer lugar, muchos (aunque no todos) de los empeños ecuménicos del siglo veinte buscaron alcanzar una paz sórdida a través de la sumisión y las concesiones. Los evangélicos han opinado que el énfasis social de muchos ecumenistas ha socavado su compromiso con el evangelio y con el evangelismo personal. Se sintieron incómodos también con la paz fácil que se ha hecho con algunos individuos dentro de ese movimiento que negaban los principios esenciales de la fe.<sup>15</sup> Sobre los latitudinarios del siglo dieciocho, quienes compartían con los ecumenistas modernos una inclinación por los acuerdos teológicos, John Wesley escribió, “Esta inestabilidad del pensamiento, esto de ser ‘llevados por cualquiera de todo viento de doctrina’, es una gran maldición, no una bendición, un enemigo irreconciliable, no un amigo, del verdadero catolicismo”.<sup>16</sup> La unidad sin verdad no es, en lo absoluto, una unidad verdadera porque carece de un propósito común. Por este motivo, Pablo les dijo a los creyentes del primer siglo que tenían que estar “sintiendo lo mismo” (Fil. 2:2; cf. 1:27) y Pedro les dijo a los creyentes perseguidos que fueran “todos de un mismo sentir” (1 P. 3:8).

11 Kenneth Scott Latourette, “Ecumenical Bearings of the Missionary Movement and the International Missionary Council” en *A History of the Ecumenical Movement, 1517–1948*, 2ª ed., ed. Ruth Rouse y Stephen C. Neil (Filadelfia: Westminster, 1967), 353.

12 Por ejemplo, Timothy George defiende “un ecumenismo de convicción, no un ecumenismo de acomodamiento”. Ver “Baptists and Ecumenism: An Interview with Timothy George”, entrevistado por Everett Berry y Winston Hottman, Center for Baptist Renewal, abril 6, 2017, <http://www.centerforbaptistrenewal.com/blog/2017/4/6/baptists-and-ecumenism-a-discussion-with-timothy-george>.

13 El teólogo histórico Gregg Allison sugiere que los evangélicos usen la frase *conexionalismo del evangelio* en lugar de *ecumenismo* para que los evangélicos que buscan la unidad puedan (1) evitar las connotaciones del movimiento ecuménico y (2) hacer que el evangelio sea el elemento central de su consenso (Gregg Allison, entrevista del autor, Louisville, KY, 8 de septiembre de 2016).

14 El término *catolicidad* comparte una etimología muy similar con *ecumenismo* (tanto *katholikē* como *oikoumenē* hablan de algo universal).

15 Esta crítica aparece en el libro de William R. Estep, *Baptists and Christian Unity* (Nashville: Broadman, 1966), 108-123.

16 John Wesley, “The Catholic Spirit”, en *The Works of John Wesley*, ed. Thomas Jackson, 14 tomos (Londres, 1872), 5:502.

## 8 Cuando la Doctrine Divide

En segundo lugar, muchos evangélicos ven con escepticismo los esfuerzos que se realizaron tras el Concilio Vaticano II por forjar un diálogo ecuménico con los católicos romanos, sobre todo porque siguen divididos en algo tan primordial como la doctrina de la justificación por la fe. Como bien ilustró la controversia causada por el manifiesto de 1994 “*Evangélicos y Católicos Juntos*”, no todos los evangélicos concuerdan entre sí con respecto a su nivel de identificación con el catolicismo romano.<sup>17</sup>

Por su parte los católicos romanos discrepan entre ellos con respecto a si las condenas de la doctrina protestante sobre la justificación hechas en el Concilio de Trento (1545-1563) aún son relevantes.<sup>18</sup>

En tercer lugar, los evangélicos rechazan el antirrealismo de algunas iniciativas ecuménicas. Una de las obras más significativas (y más controversiales) dentro del método teológico contemporáneo fue el libro *The Nature of Doctrine* de George Lindbeck, que salió a la luz en 1984. En este libro, el ecumenista luterano sugiere que una manera de resolver nuestras disputas doctrinales sería reconociendo que la doctrina no es más que una forma culturalmente condicionada de regular nuestros sistemas de creencias. Lindbeck negó que la doctrina representara la realidad. En lugar de ello, afirmó que solamente se trataba de un conjunto de reglas o de gramática que moldeaba la forma en la que creíamos. Al concebir la doctrina de esa manera, él esperaba resolver los conflictos entre protestantes, católicos y cristianos ortodoxos, quienes presentaban asertos doctrinales opuestos.<sup>19</sup> Sin embargo, los teólogos evangélicos reaccionaron enérgicamente, aseverando que una forma tan antirrealista de interpretar la doctrina cristiana debilitaba su capacidad de hablar con veracidad sobre Dios y su mundo.<sup>20</sup>

En cuarto lugar, algunos evangélicos equiparan el ecumenismo con el pluralismo religioso normativo, o con los diálogos interreligiosos comprometedores entre religiones cristianas y no cristianas.<sup>21</sup> Pero el término *ecuménico* significa por lo general un intento de alcanzar una unidad visible u orga-

17 Ver “Evangelicals and Catholics Together: The Christian Mission in the Third Millennium”, *First Things* (May 1994); de Timothy George y Thomas G. Guarino, eds., *Evangelicals and Catholics Together at Twenty: Vital Statements on Contested Topics* (Grand Rapids, MI: Brazos, 2014); de R. C. Sproul, *Getting the Gospel Right: The Tie That Binds Evangelicals Together* (Grand Rapids, MI: Baker, 2003).

18 Karl Lehmann, Michael Root, y William G. Rusch, eds., *Justification by Faith: Do the Sixteenth-Century Condemnations Still Apply?* (Londres: Bloomsbury, 1997).

19 George A. Lindbeck, *The Nature of Doctrine* (Louisville: Westminster John Knox, 1984).

20 Kevin J. Vanhoozer, *The Drama of Doctrine* (Louisville: Westminster John Knox, 2006); Alister E. McGrath, *A Passion for Truth: The Intellectual Coherence of Evangelicalism* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1996), 119-162.

21 John MacArthur y Richard Mayhue, eds., *Biblical Doctrine: A Systematic Summary of Bible Truth* (Wheaton, IL: Crossway, 2017), 688. MacArthur describe el ecumenismo como una estrategia de satanás donde “todas las religiones sinceras añaden expresiones válidas para adorar al Dios verdadero”.

nizacional entre personas que se autodenominan cristianas. No constituye un intento de alcanzar la unidad entre cristianos y las demás religiones del mundo. Aunque este uso pluralista del término *ecuménico* no constituye la acepción normal de esta palabra, los evangélicos hacen bien en preocuparse ante cualquier intento de normalizar el pluralismo religioso. La centralidad de Cristo y la exclusividad del evangelio cristiano son principios centrales de nuestra cosmovisión (Jn. 14:6; Hch. 4:12).

Por último, los evangélicos con tradiciones propias de la Free Church [Iglesia Libre] como la mía, son particularmente recelosos ante cualquier discurso sobre uniones institucionales, porque a menudo los cristianos tienen opiniones opuestas con respecto al gobierno de la iglesia. Los bautistas en mi tradición de fe enfatizan en la independencia de las iglesias locales, lo cual les permite tomar decisiones por sí mismas bajo la autoridad de las Escrituras y la orientación del Espíritu Santo, y sin la presencia de un cuerpo rector externo. Esta visión de liderazgo eclesial es incompatible con los modelos de gobiernos eclesiales jerárquicos y verticalistas, en los cuales las iglesias locales tienen que acatar las órdenes de una oficina central.<sup>22</sup>

Aunque tengo mis reservas con respecto a algunos movimientos ecuménicos en la historia reciente, quiero hacer hincapié en la gran necesidad de la *catolicidad* enraizada en el evangelio bíblico. La catolicidad es una celebración de todas las cosas que tienen en común los cristianos que aman el evangelio. Todos los que han sido justificados por Cristo a través de la fe creen en un mismo evangelio y pertenecen a una misma familia. Como afirmó Pablo, “un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos”. (Ef. 4:4-6). Podemos tener nuestras diferencias, pero debemos reconocer que entre los seguidores de Jesús existe solo un cuerpo, una esperanza y un llamado. Compartimos un llamado único de ir y hacer discípulos a todas las naciones, enseñándoles que guarden todo lo que nuestro Señor ordenó (Mt. 28:19-20).

Las rivalidades, descontentos y discrepancias pueden estar presentes en toda familia natural, pero los miembros de una familia adoptada, arraigada en el perdón divino, deben ofrecerse ese mismo perdón los unos a los otros, aunque no puedan sencillamente pasar por alto todo aquello que los diferencia. Debemos hacer todos los esfuerzos posibles por ser “solicitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Ef. 4:3). Debemos luchar por alcanzar “la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios”

<sup>22</sup> Robert G. Torbet, *Ecumenism: The Free Church Dilemma* (Valley Forge, PA: Judson, 1968).

## 10 Cuando la Doctrine Divide

(v. 13). Aunque reconocemos que este es nuestro ideal, estamos pendientes de “evangelios” contrarios al evangelio de Cristo, que no pueden brindar esta verdadera unidad católica (Gá. 1:8).

Ocasionalmente, los protestantes y los evangélicos deben dedicarse a la *teología polémica*, una expresión de la doctrina cristiana que explica y defiende las distintas creencias de una tradición teológica específica. La polémica cumple una función importante y necesaria a la hora de mantener y replicar las creencias. Hace hincapié en la importancia de la verdad bíblica y en la necesidad de coherencia dentro de un sistema teológico. Evita las concesiones y puede aumentar la confianza que cada persona tiene en sus tradiciones.

La palabra *polémica* tiene sus orígenes en un vocablo griego que significa “guerra” o “bélico” (*polemikos*). En ocasiones esos enfrentamientos son necesarios cuando alguna doctrina opuesta representa un peligro para la fe y para el rebaño que Dios ha puesto bajo el cuidado y protección de los pastores (Hch. 20:28; Tit. 1:10-16). Debemos ser diligentes a la hora de proteger esas doctrinas que creemos *esenciales* para la fe cristiana. Sin embargo, una teología polémica que carece de sabiduría o de amor puede crear más problemas de los que resuelve. En la misma manera se puede justificar una guerra por una causa justa y una conducta recta, la polémica puede y debe llevarse a cabo mostrando virtudes y bondad cristianas. Debemos estar dispuestos a hablar la verdad, pero siempre con amor, y con el objetivo de edificar al cuerpo (Ef. 4:15-16).

En otras ocasiones, debemos practicar la *teología irénica*. Los irenistas, quienes obtienen su nombre de una palabra griega que significa “paz” (*eirenikos*), buscan la paz, en su discurso teológico, con los demás creyentes de otras tradiciones. Al hacerlo, reflejan las bendiciones de Jesús como hijos e hijas de Dios (Mt. 5:9). Un espíritu irénico y digno debe caracterizar nuestras discrepancias internas. Pero como mismo la teología polémica sin amor puede constituir un abuso de la polémica, la teología irénica sin compromiso con la verdad bíblica puede tornarse desequilibrada y distorsionada. El predicador de Eclesiastés dice que hay “tiempo de guerra, y tiempo de paz” (Ec. 3:8b). Podríamos añadir que hay *un tiempo para la polémica* y un *tiempo para el irenismo*. Podemos luchar contra las falsas enseñanzas sin llegar a ser condescendientes, y podemos ser pacificadores sin tener que enarbolar una bandera blanca renunciando a nuestras convicciones bíblicas. La unidad cristiana es algo bueno y valioso que debemos procurar, pero nunca a expensas de las verdades esenciales.

A diferencia del espíritu de minimalismo teológico que permea gran parte de los diálogos ecuménicos, el debate sobre las discrepancias doctrinales en este libro celebra tanto la *doctrina* como la *diferencia*. Los protestantes y los evangélicos necesitan enseñanzas arraigadas en la revelación de Dios sobre sí mismo. Necesitan ser capaces de expresar el contenido teológico de la Biblia de una forma clara y concisa, y que se ajuste a su contexto. También necesitan la libertad de leer la Biblia por sí mismos, sin que un magisterio eclesial (o un blog popular) sencillamente les diga en qué deben creer.

Como amantes de la verdad, no debemos reducir nuestras discrepancias doctrinales a mucho ruido y pocas nueces. Las discrepancias saludables son una parte importante de la santificación y el crecimiento en “la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 P. 3:18). Los distintivos doctrinales de nuestras tradiciones y denominaciones son importantes, pues moldean nuestra identidad. La imposición de una concordancia de pensamiento o la capitulación de nuestras creencias irían en contra del concepto mismo del protestantismo. Si se me permite citar incorrectamente a John Henry Newman, mostrar una profunda concordancia de pensamiento equivale a dejar de ser protestante.<sup>23</sup>

## El Esquema del Presente Libro

Este libro es una obra sobre el *método teológico*, que explora la naturaleza de la diversidad doctrinal desde un punto de vista claramente evangélico. El método teológico (conocido a veces como prolegómenos teológicos) es un campo de la teología que aborda interrogantes generales sobre la naturaleza de la doctrina, las fuentes de la teología y los procesos por los cuales desarrollamos las doctrinas. Se trata de una filosofía de la teología. Se pretende que este libro sea un análisis interdisciplinario de las discrepancias doctrinales, que se nutra de valiosos recursos hermenéuticos, filosóficos y tradicionales, así como de otras disciplinas académicas como la psicología y las ciencias sociales.

En esta obra procuraré responder dos preguntas fundamentales sobre la diversidad teológica: En primer lugar, ¿cómo es posible que haya seguidores de Cristo, poseedores de convicciones similares sobre las Escrituras y el evangelio, que lleguen a conclusiones tan drásticamente diferentes en temas

<sup>23</sup> John Henry Newman, *An Essay on the Development of Christian Doctrine* (Londres, 1893), 8. Acusando a los protestantes de estar desligados de la historia y la tradición, el futuro cardenal católico romano dijo, en son de broma, “Analizar la historia profundamente equivale a dejar de ser protestante”.

## 12 Cuando la Doctrine Divide

de fe y práctica? En segundo lugar, ¿qué deben hacer los cristianos, que por lo general comparten un mismo parecer, con respecto a las doctrinas que los dividen? Este libro no constituye un estudio exhaustivo de todos los factores causantes de nuestra diversidad teológica (estoy seguro de que existen muchos asuntos importantes que no abordaré aquí), sino un resumen de los factores fundamentales que veo en acción y que causan división entre los cristianos evangélicos.

En este libro me centraré en la diversidad teológica entre evangélicos protestantes que declaran *sola Scriptura* —la doctrina reformista que plantea que las Escrituras son la fuente suprema y el único estándar normativo para la doctrina cristiana. Los evangélicos confiesan que las Escrituras son la única revelación de Dios inspirada, inerrante e infalible.<sup>24</sup> Los católicos romanos y los cristianos ortodoxos le confieren a la tradición un lugar de autoridad más prominente que sus pares protestantes y evangélicos. Algunas personas que creen en esta tradición, a menudo colocan a la tradición eclesial junto a las Escrituras, como si tuviese una autoridad equivalente.<sup>25</sup> Los protestantes *sola Scriptura*, por el contrario, reconocen que la tradición es un recurso valioso para la teología cristiana, pero comprenden que su autoridad es derivativa, y no primaria. En otras palabras, la tradición no es una autoridad independiente ni primaria, y solo es autoritativa para el cristiano cuando transmite correctamente el mensaje de las Escrituras.

Aquellas personas que pertenecen a tradiciones confesionales que evalúan las creencias religiosas valiéndose de experiencias personales (ej., algunas personas de tradición pentecostal o algunos protestantes liberales), tienen grandes posibilidades de experimentar diferencias de opinión, dada la singularidad de las experiencias vitales personales. No debemos sorprendernos tampoco al ver que estas autoridades religiosas individuales rivales producen diversos resultados. Algunos pueden aseverar que el “Espíritu Santo” los está guiando hacia una nueva creencia o práctica contrarias a las Escrituras, pero el Espíritu Santo no puede contradecir lo que él inspiró como verdad inerrante. Alguien puede afirmar haber experimentado un recorrido por el cielo, o haber

24 Mi definición provisional de *evangélico* se basa en gran medida en el “Cuadrilátero de Bebbington” que se explica en el libro de David. W. Bebbington *Evangelicalism in Modern Britain: A History from the 1730s to the 1980s* (Londres: Routledge, 1989), 2-3. Las cuatro características que Bebbington identifica en el evangelicalismo son: el *conversionismo*, la creencia de que las vidas pueden y deben cambiarse a través del evangelio; el *literalismo bíblico*, un compromiso inquebrantable con la autoridad única de las Escrituras; el *activismo*, el impulso misionero y sociopolítico del ministerio evangélico; y el *crucicentrismo*, el énfasis en la obra expiatoria de Jesucristo en la cruz.

25 Ver *Catechism of the Catholic Church*, 2ª ed. (Nueva York: Doubleday, 2012), 31. “La sagrada Tradición y las sagradas Escrituras...al brotar de la misma fuente divina, se unen de la misma manera para formar una sola cosa y avanzar hacia un mismo objetivo...tanto las Escrituras como la Tradición deben ser aceptadas y honradas con iguales sentimientos de devoción y reverencia”.

recibido un mensaje personal de Jesús, pero tales afirmaciones no son demostrables por las Escrituras, y por tanto no pueden ser vinculantes para todos los creyentes. Pueden existir experiencias espirituales genuinas, y no provenir del Espíritu de Dios (1 Jn. 4:1-6). Una vez más vemos que los protestantes *sola Scriptura* pueden reconocer el valor de la experiencia en la teología cristiana, sin darle primacía a la experiencia en la formación de las creencias. La experiencia puede confirmar la verdad de las Escrituras en la vida del creyente, pero la experiencia no dicta lo que los cristianos deben creer en materia de creencias y prácticas.

Tampoco abordaré las discrepancias con otros grupos protestantes que le restan importancia, o que rechazan categóricamente la autoridad única de las Escrituras en la formación de la doctrina o la práctica cristianas. Los desacuerdos con los lectores de las Escrituras que refrendan una aplicación poco sistemática de la Biblia serán inevitables para todos aquellos que invoquen inequívocamente su autoridad en asuntos polémicos. Aquellos que niegan la veracidad absoluta de la Biblia por lo general afirman la existencia de opiniones contradictorias en los mismísimos autores bíblicos. Enfrentan a Jesús con Pablo, o a Pablo con un “deutero-Pablo”, y toman partido con un autor determinado u otro en aquellos temas que más importantes les resultan. Aunque resulta necesario sostener conversaciones importantes con los representantes de estas tradiciones liberales y progresistas, esos debates están mucho más allá del alcance del presente trabajo.

Me preocupa más la siguiente interrogante: ¿Cómo es posible que existan cristianos evangélicos, que afirmando creer en la misma autoridad suprema, adopten puntos de vista contrarios, dado, sobre todo, que comparten las mismas convicciones sobre la suficiencia, claridad e inerrancia de las Escrituras? ¿Por qué existen creyentes que, a pesar de concordar en que toda la Biblia es veraz, discrepan sobre la verdad que ésta enseña? ¿De qué forma podemos decir que las Escrituras son “claras” si lo que dicen nos resulta tan confuso?

En la primera parte de este libro se analizará la pregunta, “¿Por qué el pueblo de Dios está dividido por causa de la doctrina?”. Esta sección es fundamentalmente *descriptiva*, lo cual significa que solo describiré lo que ocurre en el marco de las discrepancias teológicas, y no necesariamente lo que *debiera* ocurrir. Como mismo ocurrió con la controversia entre Lutero y Zuinglio, sostengo que la mayoría de las disputas doctrinales entre protestantes y evangélicos hoy en día comienzan como discrepancias con respecto a la mejor manera de comprender la Biblia, aunque otros factores sociales, psicológicos

y racionales son claves también a la hora de comprender estas contiendas. Continúo convencido de que una mejor percepción de nuestros propios procesos interpretativos y de la manera en la que alcanzamos nuestras creencias teológicas puede cambiar el desarrollo de nuestros debates.

Comenzaré la primera parte con una descripción de las *limitaciones interpretativas* de todos los lectores de la Biblia, basada en el conocimiento de la teoría hermenéutica contemporánea (capítulo 1). Este capítulo constituye un análisis de la *hermenéutica general* de nuestras diferencias interpretativas, es decir, se trata de un estudio de cómo funciona la interpretación humana en general. En la época de Lutero y Zuinglio, la acusación formulada por sus oponentes católicos romanos era que las Escrituras necesitaban de un intérprete formal, ya que a las personas comunes y corrientes no se les podía encomendar la responsabilidad de descubrir su significado correcto. En la actualidad, la tentación postmoderna radica en achacarle esa diversidad de opiniones a un texto inestable y carente de significado, en declarar como irrelevante el propósito del autor, y en conferirle la autoridad suprema al lector o a la comunidad lectora. Las realidades de la diversidad hermenéutica (lo que Christian Smith ha llamado provocativamente un “pluralismo interpretativo dominante”<sup>26</sup>) representan un desafío real para la afirmación evangélica de la claridad de las Escrituras. Empleando los conocimientos aportados por los eruditos de la hermenéutica evangélica, sugeriré que las afirmaciones protestantes tradicionales acerca de la claridad de las Escrituras y de la actividad esclarecedora del Espíritu Santo en la interpretación bíblica pueden mantenerse, incluso en el contexto de una diversidad hermenéutica dominante.

El capítulo 2 constituye una reseña introductoria de los tipos específicos de *diferencias exegéticas* entre cristianos, que pueden contribuir a discrepancias doctrinales. En el capítulo 1 nos centramos en la hermenéutica general, pero en éste el enfoque estará en la *hermenéutica especial*, esto es, en las formas específicas que los lectores tienen de acercarse a los textos bíblicos. Aquí ofrezco una reseña introductoria acerca de las formas específicas en las cuales las diferencias, a nivel de exégesis bíblica e interpretación histórica, pueden determinar nuestras diversas conclusiones teológicas; un tema que, increíblemente, se aborda muy poco en muchos debates sobre métodos teológicos. Muchas de las temáticas que aquí abordaremos forman parte de la hermenéutica bíblica básica: la crítica textual, el papel de la semántica, la sintaxis y la crítica histórico-literaria. Pretendo explicar las maneras en las que cada paso dentro del

26 Christian Smith, *The Bible Made Impossible: Why Biblicalism Is Not a Truly Evangelical Reading of Scripture* (Grand Rapids, MI: Brazos, 2012).

proceso de la interpretación bíblica puede influir en nuestro conocimiento de las doctrinas bíblicas.

Los argumentos más valiosos del libro comienzan en el capítulo 3, el cual aborda el papel que juega la *razón* en nuestros conflictos interpretativos. Un razonamiento deficiente e inductivo pudiera tener alguna capacidad explicativa con respecto a nuestras diferencias teológicas, pero los errores de una mente individual no pueden explicar todas las diferencias. Argüiré que el razonamiento abductivo, que es un tipo de lógica informal que depende del pensamiento creativo, constituye la forma fundamental en la que creamos y escogemos modelos teológicos para interpretar la unidad temática de las Escrituras. Las diferencias son inevitables, dado el considerable papel que la creatividad humana juega al interpretar las Escrituras y desarrollar la doctrina. Parte de este debate es inevitablemente técnico, pero he intentado abordar estos temas de una forma que pueda beneficiar a los que no son expertos, quienes solo necesitarán tener la suficiente paciencia para seguir el argumento hasta su conclusión.

El papel que juega la *psicología humana* en nuestras discrepancias interpretativas y teológicas es el tema del capítulo 4. En él, interactúo extensamente con la obra de Jonathan Haidt, un psicólogo social que sostiene que las personas discuten por temas de ética, política y religión porque comienzan con intuiciones o sentimientos esencialmente diferentes sobre la moralidad. Utilizo la investigación de Haidt de forma crítica para hablar sobre la manera en la que la *experiencia* y la *personalidad* pueden moldear nuestra interpretación bíblica y construcción teológica. Plantearé la posibilidad de que las emociones y la intuición puedan tener un poderoso efecto en las decisiones interpretativas que tomamos, aunque creamos que estamos siendo totalmente racionales cuando leemos la Biblia.

Concluyo la primera parte con un debate que muestra cómo la *preconcepción* y la *tradición* poseen un enorme poder de adherencia dentro de nuestra formación teológica y discrepancias doctrinales (capítulo 5). La tradición es una herramienta formativa importante en la vida de cualquier cristiano, pero una interacción con la tradición que carezca de sentido crítico puede fomentar preconcepciones contraproducentes en la formación teológica. Empleando investigaciones sobre psicología cognitiva, abordo algunas maneras en las que nuestra lectura de la Biblia tiende con frecuencia a reforzar nuestras suposiciones teológicas previas, en vez de producir una exégesis fiel. Concluyo el capítulo con algunas sugerencias extraídas de la misma investigación para minimizar sesgos teológicos confirmatorios.

La segunda parte del libro es más *prescriptiva* que descriptiva, y aborda una pregunta más práctica: “¿Qué debe hacer el pueblo de Dios con respecto a las divisiones doctrinales?”. En el capítulo 6, analizo las posturas de varios filósofos que trabajan en el ámbito de la “epistemología de la discrepancia”, para ayudar a responder la siguiente interrogante: “¿Cuándo debemos cambiar de opinión sobre nuestras discrepancias teológicas y cuándo debemos concordar en discrepar?”. Como espero poder demostrar, el consejo práctico de estos filósofos puede ser útil para nuestros debates teológicos internos.

En el capítulo 7 hago una pregunta eclesiológica: ¿Cuándo debe la doctrina dividir al pueblo de Dios y cuándo debe unirlo? ¿Cuándo debemos unirnos en una hermandad cooperativa y cuándo debemos tomar rumbos diferentes? Explico el concepto de taxonomía doctrinal, que es la forma en la que los cristianos tienden a clasificar las doctrinas según su importancia. Aquí analizo las convicciones eclesiológicas que establecen los límites con respecto a nuestra asociación tribal e intentan definir el evangelio en su expresión bíblica más sencilla. Propongo tres pruebas para determinar dónde debe encajar un principio específico dentro de la taxonomía doctrinal.

El libro finaliza ofreciendo una ética cristiana constructiva de discrepancia doctrinal sobre la base de las Escrituras, la historia de la iglesia y la teología pastoral. ¿Cómo debemos comportarnos los unos con los otros mientras aguardamos los sucesos escatológicos futuros, durante los cuales Dios finalmente resolverá todas nuestras diferencias de opinión? Aquí recorro al conflicto religioso y posterior reconciliación personal de dos líderes evangélicos de antaño, George Whitefield y John Wesley, como ejemplo de una praxis evangélica contemporánea para la discrepancia teológica.

Es mi oración que este libro ayude a muchos a pensar con más claridad sobre cómo debemos discrepar con respecto a la doctrina, y cómo debemos reaccionar ante nuestros enfrentamientos pueblerinos. Sostendré que para alcanzar claridad en este asunto es necesario tener un mejor conocimiento de cómo debemos transitar desde la Biblia hacia nuestros sistemas de creencias teológicas. Estoy convencido de que un respeto apropiado hacia las diferentes tradiciones y creencias puede honrar al Señor Jesús y mejorar nuestro testimonio evangélico ante la mirada del mundo. Más que nada, deseo que la Palabra de Dios, y no una tradición teológica favorita o una característica denominacional, sea lo que rija nuestro pensamiento cuando hablemos de doctrina.